

Cuando el color nos sostiene.

Nunca pensé que todo empezaría un viernes, de esos en los que un posdoc cansado mira su simulación sin converger. Era tarde en el CIO. La mayoría se había ido. Solo quedábamos los necios: estudiantes alineando un interferómetro, el técnico peleando con el láser y yo, atrapado entre gráficas. Cerré los ojos. Al abrirlos, el monitor era gris.!!! No solo el monitor: la mesa óptica, las paredes, los árboles, el cielo, todo gris. Consternado, salí al pasillo.

“¿Notaron...?”, pregunté.

“El láser ya está en 1550 nanómetros”, dijo una estudiante. “Pero la señal es baja.”

“¿No ven que... todo es gris?”

“¿Color? ¿Qué es eso? No existe el color”, contestó. “El color es un cuento de niños.”

No era solo la desaparición del color. Era la desaparición de su memoria.

Desconcertado, volví a mi oficina. Sobre el escritorio había un sobre amarillo, o lo que mi recuerdo insistía en llamar amarillo. Lo abrí y decía: “La luz es ciencia. La luz es tecnología. No eres el único que recuerda. Busca en el laboratorio original.”. Fui al archivo del viejo edificio, “Lab. Óptica I”, decía un plano viejo que encontré en el lugar. Empujé la puerta oxidada, ah como rechinaba!. Dentro: una mesa óptica bajo una lona, un pizarrón lleno de ecuaciones y al fondo, una placa: “Daniel Malacara. La luz es ciencia, es tecnología, es recuerdo”... Me pregunto: ¿recuerdo de quién?, ¿de qué? Como el que dejan las estrellas al morir, y que aún puedo ver.”

Seguí indagando, debajo, tallado con un láser: “Y sin luz... no hay color.”

En un cuaderno encontré espectros, dibujos de lentes, ecuaciones de Maxwell, un diagrama: parecía una rejilla de Bragg... pero absorbía en lugar de reflejar.

“El Espectro”, leí. Detrás, escuché pasos; me puse nervioso.

“Así que encontraste la pista, posdoc”, dijo una voz más que familiar. Frente a mí estaba yo mismo, pero en gris, como si el Espectro hubiera absorbido mi reflejo. “El color divide. El color distrae. Construimos el Espectro para absorber las frecuencias visibles. Lo activamos durante las celebraciones. ¿Viste los banners? Creíste que eran decoración: eran antenas.”, me dijo.

Recordé los carteles del 45 aniversario en el pasillo. Todo encajaba.

“¿Por qué yo recuerdo?”, pregunté. “Porque trabajas con la luz. Pero no durará.”

Mi memoria tambaleaba. Recité: 460 nm: azul. 530 nm: verde. 650 nm: rojo.

Mientras pueda nombrarlos, los colores viviran en mí.

Corrí al laboratorio 205, ese de fibras del Dr. Olivier, mi segundo hogar. Encendí los láseres, intenté con 1532 nm, luego 1064 nm, pero nada. Eran muy pocas longitudes de onda, necesitaba más colores, ¡luz blanca pensé!. Pero no tenía una lampara de esas, ¿Que tenía?... solo mis recuerdos. Frente al espectrómetro viejo, grité desesperado: “Azul como el cielo de niño, rojo como las primeras heridas en patineta, amarillo como los girasoles que le he dado a mi amada, verde como los viernes de fut en las canchas”

El espectrómetro parpadeó. Las paredes se tiñeron. Los cables recuperaron color. Salí corriendo del laboratorio, las banderas ardian en un fuego multicolor. Todos en la plaza cívica estaban confundidos. “Siempre hubo color”, les gritaba como loco. “Solo había que recordarlo”. Con lágrimas entre los ojos regresé a mi escritorio, en él una última nota:

“Gracias por no olvidar, la luz es ciencia, es tecnología... es memoria. D.M.”

Sonreí. Por primera vez en mucho tiempo, el gris se desvaneció de mi ser. Y lo entendí al fin: el Espectro no había robado el color. Yo lo había entregado.